

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 61, 1-2a.10-11): *Me ha enviado a dar la Buena Noticia.*

Salmo (Lc 1, 46-48.49-50.53-54): *«Me alegro con mi Dios»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 5, 16-24): *Estad siempre alegres.*

Evangelio (Juan 1, 6-8.19-28): *Soy la voz que grita en el desierto.*

El anhelo de salvación, de bienestar, de salud y de paz, resulta tan acuciante en el ser humano que fácilmente sucumbimos ante la tentación de cualquier realidad que se presenta ofreciendo una respuesta a nuestro anhelo. Juan el Bautista, el Precursor de Jesús, tuvo que frenar a aquellos que pretendían poner en él toda su esperanza, y advertirles que él no era el Mesías, aunque sí era el hombre enviado por Dios. Los judíos envían a sacerdotes y levitas a Juan Bautista para preguntarle: «¿Quién eres tú?». Y él contesta que no es “la luz”, sino «*testigo de la luz*».

La misión de Juan era anunciar la inminencia de la llegada del Mesías y su predicación se centró en preparar el camino del Señor. Para ello Juan bautizaba con agua, retiraba todas las impurezas que impedían ver con claridad aquel esplendor que irradiaba la humanidad al haber ésta incorporado en su historia la misma luz divina. Esa luz sí que era la «*Luz Verdadera*», aquella misma que estaba al principio de la creación iluminando todas las cosas con su energía y llenándola de vida.

La falta de esa luz verdadera hacía que el pueblo caminase en tinieblas y desease ver la luz. Juan vino, para anunciar la salida del reino de las tinieblas; como en otro tiempo la voz del heraldo en el desierto, anunciando la liberación, la salida de las mazmorras de babilonia, e invitar a los cautivos a prepararse para retornar a la libertad, volviendo a la vida libre de los favorecidos y agraciados del Señor. Ese dinamismo nuevo que trae el Mesías, el verdadero liberador, es el que alienta la buena noticia, el evangelio de la gracia y del favor de Dios. Es el Espíritu que Juan apunta sobre alguien que viene detrás de él, pero que es más digno que él, y al que debemos «*Allanad el camino del Señor*».

El año de gracia del Señor anunciado por el profeta es ya una realidad plena en la historia y continúa teniendo vigencia hoy en medio de nosotros. No hay nada que alegre tanto nuestro corazón como el conocer una buena noticia. Mucho más si se trata de algo que esperamos como liberación de una amenaza o riesgo que planea sobre nuestra vida. La fe ilumina nuestra inteligencia y nos adentra en el conocimiento de esa gran noticia que va a liberarnos de la opresión que nos produce una existencia sin esperanza.

El tiempo litúrgico del Adviento nos propone abrir nuestro corazón a la esperanza. Dios está y viene. Dios no ha dicho todo, sino que sigue hablando. Adviento es abrir la mente y dejarse sorprender. En el evangelio le preguntan a Juan Bautista si él es el Mesías. Juan les habla, pero no le entienden. Aquellos comisionados no pueden entender quién es Juan, aunque se lo pregunten directamente, porque les falta sensibilidad, finura y profundidad. Proponemos esas tres actitudes para trabajar en este tiempo:

“*Sensibilidad*” para dejarse afectar. Las personas con los años, la experiencia, los desengaños y las desilusiones, nos volvemos menos sensibles. Anteponemos nuestras corazas, nos defendemos ante posibles propuestas que puedan alterarnos, no dejamos que lo nuevo, lo sorprendente pueda descomponer nuestros planes. Las ideologías son como un antifaz que nos impiden ver el más allá de la realidad, de las cosas. Para abrirse al don de la fe y de la esperanza es imprescindible ser sensibles a las personas, a los acontecimientos, a los signos, a los detalles que parecen nimios pero que encierran profundas verdades. En definitiva, abrirse a la vida, pero no una vida especial, distinta, reservada para unos iniciados, sino a la vida ordinaria.

“*Finura*” para ver y entender. La vida está ahí: trabajamos, nos relacionamos, nos esforzamos, lloramos y también nos divertimos. Para unos la vida es más “*llevadera*” (nunca podremos decir que sea fácil); para otros es dura, y para algunos es “*muy dura*”. La vida la podemos afrontar de forma tosca, dura, haciéndole frente como si un mal necesario se presentara ante nosotros. Pero también la podemos afrontar desde la finura: contemplar el paso de las personas, las huellas que van dejando, descubrir los destellos de belleza y de verdad que hay siempre, incluso detrás de los acontecimientos más duros. Esa finura es necesaria para la fe y la esperanza. Solo desde esta finura humana y espiritual descubriremos que Dios nos envía signos de su presencia, y de su promesa.

“*Profundidad*” para ir siempre más allá. La tercera actitud es la profundidad en nuestras observaciones y juicios, para no caer en las trampas de la mediocridad o para no oficializar la superficialidad. Ver, intuir, presentir más allá de lo inmediato y evidente. También en la vida de la fe y la esperanza necesitamos cultivar esta profundidad para no ser espectadores pasivos y dormidos en la vida, sino verdaderos protagonistas.

Cada Navidad celebramos la confirmación de esa Buena Noticia, la que un día escucharon y vivieron nuestros antepasados, la que nos transmitieron por la fe que ha venido alegrando nuestras vidas al saber que desde aquella primera Navidad el hombre ya no está solo, abandonado a su propio y fatal destino, sino que ha sido invitado a celebrar con alegría una fiesta que trasciende con mucho las alegrías del mundo. No apaguemos el espíritu de la Navidad. No olvidemos el consejo de Pablo: «*Quedaos sólo con lo bueno y estad siempre alegres*».